

DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN

Cuadernos del Concilio

*Materiales para la preparación
del Jubileo 2025*



Adquiere el volumen completo
con los 34 *Cuadernos* en:

www.bac-editorial.es

CONSTITUCIÓN DOGMÁTICA
LUMEN GENTIUM
SOBRE LA IGLESIA

CUADERNO 18



CUADERNO 18
LA IGLESIA
ES PARA LA EVANGELIZACIÓN
(LG 17)

GUILLERMO JUAN MORADO

INTRODUCCIÓN

El Concilio Vaticano II, en el número 17 de la constitución dogmática *Lumen gentium* (LG), resalta la naturaleza misionera de la Iglesia. Todo en su ser y en su actuar se orienta a la evangelización. Esta convicción de fondo impregna también el decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia, *Ad gentes divinitus* (AG).

En continuidad con esta enseñanza, san Pablo VI presenta la evangelización como la actividad englobante de todo lo que la Iglesia realiza. En la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* muestra cómo la finalidad de la Iglesia es llevar a cabo la tarea de la evangelización; es decir, el anuncio de la buena noticia de la resurrección de Cristo a todo el mundo, proclamando «el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios» (EN 22).

Por su parte, san Juan Pablo II, en su encíclica *Redemptoris missio*, ha destacado la permanente validez del mandato misionero y, más cercano a nosotros en el tiempo, el papa Francisco ha dedicado la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* al anuncio del Evangelio en el mundo actual.

En este trabajo se busca presentar, de manera sintética, el papel fundamental que la evangelización desempeña en la vida de la Iglesia. Nos preguntaremos sobre el origen y el fin de la evangelización, sobre el significado y alcance del mandato misionero de Jesús, así como sobre la dicha, la necesidad, el derecho y del deber de evangelizar.

Intentaremos mostrar brevemente la realidad compleja y dinámica que entraña el proceso evangelizador, así como los ámbitos en los que se realiza la nueva evangelización, el anuncio renovado del Evangelio que abre la puerta de la fe.

Todo el pueblo de Dios anuncia el Evangelio, pero en esa acción que abarca a todos existen, como veremos, tareas diferenciadas. Nos preguntaremos, asimismo, sobre los medios para la evangelización, así como por la relación entre evangelización y culturas y por el nexo que vincula la evangelización con el diálogo interreligioso.

Nos aproximaremos al compromiso social de la evangelización, señalando la importancia de la inclusión social de los pobres, así como de la contribución a la paz y al diálogo social.

Toda la tarea evangelizadora se lleva a cabo impulsada por la acción del Espíritu Santo. Por ello, habrá que adentrarse en el espíritu de la evangelización y en las motivaciones que pueden renovar el impulso misionero. Un último apartado estará dedicado a María, estrella y Madre de la evangelización.

I. EN LA TRINIDAD

1. El origen y el fin de la evangelización

Preguntarnos por el origen de algo es indagar acerca de su principio, de su nacimiento, de su raíz y de su causa. A la hora de acercarnos al manantial del que brota la evangelización, nuestra mirada debe remontarse más allá de lo mundano y terreno y elevarse hacia Dios.

La fuente última de la evangelización se encuentra en el amor eterno de la Santísima Trinidad que quiso comunicar la gloria, la majestad y la belleza de su vida bienaventurada. Dios, uno y único, es el amor del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

En su bondad, Dios quiso libremente compartir con nosotros la plenitud de su ser. Esta voluntad divina se manifiesta en la obra de la creación, en la historia de la salvación, en el envío del Hijo y del Espíritu Santo; envío cuya prolongación es la misión de la Iglesia.

La palabra *misión* significa *envío*. La primera misión es la del Hijo de Dios, enviado por el Padre para hacerse hombre y, de este modo, salvar a los hombres: él, «siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz» (Flp 2,6-8).

De esta manera describe san Pablo cómo el Hijo asumió, por la encarnación, una verdadera condición humana, haciéndose en su humanidad siervo de Dios y aceptando, como los demás hombres, la perspectiva de la muerte.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* (CEC) recoge unas palabras del Credo nicenoconstantinopolitano que muestran la finalidad de la encarnación del Hijo de Dios: «*Por nosotros los hombres y por nuestra salvación* bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre» (n. 456).

La finalidad de la misión, del envío del Hijo, es nuestra salvación. El Verbo, el Hijo, se encarnó para salvarnos reconciliándonos con Dios: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados» (1 Jn 4,10).

Se encarnó para que conociésemos el amor de Dios: «En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Unigénito, para que vivamos por medio de él» (1 Jn 4,9).

El Verbo se encarnó para ser nuestro modelo de santidad: «Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14,6). Se encarnó, en suma, para hacernos «partícipes de la naturaleza divina» (2 Pe 1,4), hijos adoptivos de Dios por la gracia.

La segunda misión es la del Espíritu Santo, un envío que es inseparable del envío del Hijo. Jesús resucitado, vencedor de la muerte, derrama el Espíritu Santo sobre los apóstoles y la Iglesia: «Sin duda, el Espíritu actuaba ya en el mundo antes de que Cristo fuera glorificado. Sin embargo, el día de Pentecostés vino sobre los discípulos para permanecer con ellos para siempre;

la Iglesia se manifestó públicamente ante la multitud; se inició la difusión del Evangelio entre los pueblos mediante la predicación en la catolicidad de la fe» (AG 4).

Dios comunica su amor, el primer don: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rom 5,5). Gracias al poder de este amor, los hijos de Dios pueden dar fruto: «El fruto del Espíritu es: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí» (Gal 5,22-23).

El origen de la evangelización, el amor trinitario de Dios, indica asimismo su fin: que los hombres vivan en comunión con Cristo y así lleguen a la plenitud de la participación en la vida de Dios: «Mediante la predicación del Evangelio, la Iglesia atrae a los oyentes a la fe y a la confesión de la fe, los prepara para el bautismo, los libra de la esclavitud del error y los incorpora a Cristo para que lleguen hasta la plenitud en él por el amor» (LG 17).

En definitiva, «el fin último de la misión no es otro que hacer participar a los hombres en la comunión que existe entre el Padre y el Hijo en su Espíritu de amor» (CEC 850).

2. El envío de la Iglesia: el mandato misionero de Jesús

La Iglesia recibió de los apóstoles el mandato misionero de Cristo, por el cual los envía a la misión: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,19-20).

El Señor resucitado se encuentra con los suyos y los envía a todo el mundo. Deben hacer discípulos a todos los pueblos y darles a conocer la doctrina de Jesús: bautizando y enseñando a guardar todo lo que él ha mandado. Los discípulos son los aprendices, aquellos que jamás dejan de aprender del Maestro y unos de otros, a través del propio ejemplo de vida.

Enseñar a guardar todo lo que Jesús ha mandado significa cumplir la voluntad de Dios, seguir lo que el Señor ha mandado

y vivido: «No todo el que me dice “Señor, Señor” entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mt 7,21). Todos los pueblos deben ser hechos discípulos; es decir, todas las personas que aún no conocen la enseñanza de Jesús.

El mandato va acompañado de una promesa: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos». Jesús es, y sigue siendo, el *Enmanuel*, que significa: «Dios (está) con nosotros». Si él está siempre a nuestro lado, nunca tendremos excusa para no hacer la voluntad de Dios.

La Iglesia es consciente de esta misión: «La Iglesia, enviada por Dios a las gentes para ser “sacramento universal de salvación”, por exigencia íntima de su misma catolicidad, obedeciendo al mandato de su fundador, se esfuerza por anunciar el Evangelio a todos los hombres» (AG 1).

La Iglesia anuncia el Evangelio porque es sacramento universal de salvación. Esto quiere decir que la Iglesia unida a Cristo es en el mundo un signo, una realidad visible y social que remite a una realidad invisible y espiritual, y un instrumento a través del cual el Señor lleva a cabo la salvación de los hombres.

Por medio de la Iglesia, Cristo «manifiesta y realiza al mismo tiempo el misterio del amor de Dios al hombre» (*Gaudium et spes*, 45). En esa realidad, en la participación del hombre en el amor de Dios, consiste la salvación.

La Iglesia anuncia el Evangelio, es enviada a la misión, por exigencia interna de su propia naturaleza, de su *catolicidad*. La Iglesia es católica por dos razones. Lo es, en primer lugar, porque Cristo está presente en ella y, en consecuencia, recibe de él la plenitud de los medios de la salvación que él ha querido dispensar: la confesión de fe recta y completa, la vida sacramental íntegra y el ministerio ordenado en la sucesión apostólica. No le falta nada esencial de lo que Cristo ha previsto para salvarnos; es mediación para todos los hombres de la plenitud del misterio de Dios.

La Iglesia es católica, en segundo lugar, porque esta riqueza que recibe de Cristo está destinada a todos los hombres. Por este motivo, la Iglesia «ha sido enviada por Cristo en misión a la totalidad del género humano» (CEC 831).

La Iglesia, por su propia identidad, no retiene para sí misma, sino que comunica y expande lo que ha recibido de Cristo en favor de todos, el Evangelio de la salvación: «Todos los hombres están invitados al pueblo de Dios. Por eso este pueblo, uno y único, ha de extenderse por todo el mundo a través de todos los siglos, para que así se cumpla el designio de Dios, que en el principio creó una única naturaleza humana y decidió reunir a sus hijos dispersos» (LG 13).

Esta lógica del don, de la comunicación, rige el plan salvador de Dios y, asimismo, la misión de la Iglesia. En realidad, el bien tiende siempre a comunicarse, como recuerda el papa Francisco: «Toda experiencia auténtica de verdad y de belleza busca por sí misma su expansión, y cualquier persona que viva una profunda liberación adquiere mayor sensibilidad ante las necesidades de los demás. Comunicándolo, el bien se arraiga y se desarrolla» (*Evangelii gaudium*, 9).

La Iglesia, que recibe de su fundador la bondad, la verdad y la belleza del Evangelio no puede hacer otra cosa que comunicarlo a los demás. De esta manera su propia fe se ve robustecida, porque, como señalaba san Juan Pablo II, *¡la fe se fortalece dándola!* (*Redemptoris missio*, 2).

II. LA EVANGELIZACIÓN: DICHA, NECESIDAD, DERECHO Y DEBER

En la Primera Carta a los Corintios, san Pablo expresa el impulso que le mueve a anunciar el Evangelio: «El hecho de predicar no es para mí motivo de orgullo. No tengo más remedio y, ¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1 Cor 9,16). La Iglesia, nos dice el Concilio Vaticano II, «hace suyas» estas palabras del apóstol (cf. LG 17).

San Pablo VI, al hilo de este texto de san Pablo, señala que en la evangelización se encuentra la dicha, la vocación y la identidad de la Iglesia: «Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios,

perpetuar el sacrificio de Cristo en la santa misa, memorial de su muerte y resurrección gloriosa» (EN 14).

Por su parte, san Juan Pablo II cita las palabras de san Pablo para indicar la urgencia de la tarea misionera: «En nombre de toda la Iglesia, siento imperioso el deber de repetir este grito de san Pablo. Desde el comienzo de mi pontificado he tomado la decisión de viajar hasta los últimos confines de la tierra para poner de manifiesto la solicitud misionera; y precisamente el contacto directo con los pueblos que desconocen a Cristo me ha convencido aún más de *la urgencia de tal actividad*» (RM 1).

El papa Francisco alude a la dulce y confortadora alegría de evangelizar, de comunicar al otro el bien del Evangelio: «No deberían asombrarnos entonces algunas expresiones de san Pablo: “El amor de Cristo nos apremia” (2 Cor 5,14); “¡Ay de mí si no anunciara el Evangelio!” (1 Cor 9,16)» (EG 9).

A la Iglesia le corresponde, en suma, «la necesidad y al mismo tiempo el derecho sagrado de evangelizar» (AG 7). El derecho a evangelizar, y el deber de hacerlo, están relacionados asimismo con el derecho que el Señor ha conferido a todo hombre de escuchar el anuncio de que Jesucristo «me amó y se entregó por mí» (Gal 2,20).

1. **Evangelizar, una realidad compleja y dinámica**

La evangelización es una realidad rica, compleja y dinámica. Comprende la tarea de llevar a todos los ambientes de la humanidad la Buena Nueva «y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad» (EN 18). No hay, por consiguiente, auténtica evangelización sin este cambio interior personal y colectivo de las conciencias, de la actividad, de la vida, de los ambientes concretos en los que esta se desarrolla.

Se trata de renovar a sectores de la humanidad, procurando «alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad» (EN 19).

La evangelización ha de abarcar la cultura y las culturas del hombre: «La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas. De ahí que hay que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas. Estas deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva» (EN 20).

En todo el proceso evangelizador tiene una importancia decisiva el testimonio de vida de los cristianos —la coherencia entre la fe y la vida—, que es como una proclamación silenciosa del Evangelio que puede suscitar en los no cristianos múltiples interrogantes acerca de los motivos que alientan esa forma de existencia. El testimonio «comporta presencia, participación, solidaridad» y «es un elemento esencial, en general el primero absolutamente en la evangelización» (EN 21).

Pero es preciso dar razón de la esperanza mediante el anuncio explícito del Señor Jesús: «La Buena Nueva proclamada por el testimonio de vida deberá ser, pues, tarde o temprano, proclamada por la palabra de vida» (EN 22). Es necesario proclamar el anuncio esencial de Cristo muerto y resucitado, predicar y cuidar la catequesis.

El anuncio adquiere toda su dimensión cuando es escuchado, asimilado de forma que suscita en quien lo ha recibido una adhesión del corazón a las verdades enseñadas por Jesús y, sobre todo, al estilo de vida que él inició.

Esta adhesión comporta la entrada en una comunidad de fieles, en la Iglesia, que es sacramento de la novedad de vida, signo visible de la salvación. La adhesión a la Iglesia va unida a la acogida de los sacramentos que, por la gracia que confieren, manifiestan y sostienen esa adhesión. El que ha sido evangelizado, evangeliza a su vez, dando testimonio y anunciando a Cristo.

En síntesis: «La evangelización [...] es un paso complejo, con elementos variados: renovación de la humanidad, testimonio, anuncio explícito, adhesión del corazón, entrada en la comunidad, acogida de los signos, iniciativas de apostolado. Estos elementos pueden parecer contrastantes, incluso exclusivos. En realidad, son complementarios y mutuamente enriquecedores. Hay que ver siempre cada uno de ellos integrado con los otros» (EN 24).

2. **La nueva evangelización para la transmisión de la fe**

En un mensaje dirigido a los jóvenes con ocasión de la XXIV Jornada Mundial de la Juventud, el papa Benedicto XVI presenta la nueva evangelización como la respuesta adecuada a la crisis de esperanza que afecta a las nuevas generaciones: «Sabemos que el ser humano encuentra su verdadera realización solo en Dios. Por tanto, el primer compromiso que nos atañe a todos es el de una nueva evangelización que ayude a las nuevas generaciones a descubrir el rostro auténtico de Dios, que es amor».

La expresión «nueva evangelización» se refiere al anuncio renovado del Evangelio, a «una evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión», decía san Juan Pablo II.

Esta tarea nos convoca a todos y se realiza en tres ámbitos: la acción pastoral, la evangelización dirigida a los bautizados que no viven las exigencias del bautismo, y la actividad misionera específica, orientada a quienes no conocen a Jesucristo o siempre lo han rechazado.

La acción pastoral se lleva a cabo en comunidades eclesiales consolidadas. Se trata de la atención pastoral a los fieles que frecuentan la comunidad y participan los domingos en la santa misa. También se dirige esta acción pastoral a quienes, a pesar de no participar frecuentemente en el culto, conservan una fe católica intensa y sincera. El papa Francisco señala que la finalidad de esta pastoral es «el crecimiento de los creyentes, de manera que respondan cada vez mejor y con toda su vida al amor de Dios» (EG 14).

El segundo ámbito de la nueva evangelización está formado por los bautizados que no viven las exigencias del bautismo, no se sienten cordialmente vinculados a la Iglesia y ya no experimentan el consuelo de la fe. La finalidad de la evangelización en este ámbito es procurar que estos bautizados «vivan una conversión que les devuelva la alegría de la fe y el deseo de comprometerse con el Evangelio» (EG 14).

El tercer ámbito corresponde a la actividad misionera específica. Se trata de la proclamación del Evangelio a quienes no conocen a Jesucristo o siempre lo han rechazado: «Todos tienen el derecho de recibir el Evangelio. Los cristianos tienen el deber de

anunciarlo sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable. La Iglesia no crece por proselitismo sino “por atracción”» (EG 14).

La actividad misionera es, decía san Juan Pablo II, «la tarea primordial de la Iglesia». Tal como lo expresa el Concilio Vaticano II, la Iglesia «sigue, por tanto, sin cesar enviando predicadores hasta que las nuevas Iglesias estén plenamente formadas y ellas mismas puedan continuar la tarea de anunciar el Evangelio» (LG 17).

El papa Francisco insiste en que la salida misionera es el paradigma de toda acción de la Iglesia y, por esta razón, ha de llevarse a cabo un proceso de transformación misionera de la Iglesia. Esta transformación implica salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todos aquellos que necesitan la luz del Evangelio: «Fiel al modelo del Maestro, es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo» (EG 23).

La transformación misionera de la Iglesia exige la conversión eclesial, la permanente reforma, el anhelo de renovación en fidelidad a la propia vocación. Todas las estructuras eclesiales, empezando por las parroquias, han de orientarse completamente a la misión: Cada Iglesia particular, sujeto primero de la evangelización, está llamada a discernir, purificarse y reformarse; el obispo en su iglesia diocesana y el mismo papado.

El anuncio del Evangelio debe partir del «corazón del mensaje de Jesucristo» (EG 34), de lo esencial, de lo más necesario: «En este núcleo fundamental lo que resplandece es *la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado*» (EG 36). Por lo que respecta a la enseñanza moral, el núcleo principal de la misma lo constituye «la fe que se hace activa por la caridad» (Gal 5,6).

La tarea evangelizadora y misionera ha de encarnarse en los límites humanos, acompañando con misericordia y paciencia el crecimiento de la vida cristiana en cada persona: «a todos debe llegar el consuelo y el estímulo del amor salvífico de Dios, que obra misteriosamente en cada persona, más allá de sus defectos y caídas» (EG 44).

La Iglesia que emprende el camino de la evangelización ha de ser una madre de corazón abierto a todos, con especial sensibilidad hacia los pobres, los destinatarios privilegiados del Evangelio.

3. **La puerta de la fe, siempre abierta para nosotros**

«La puerta de la fe» (cf. Hch 14,27) está siempre abierta para nosotros, enseña Benedicto XVI. Esa puerta da acceso a la comunión con Dios y permite la entrada en la Iglesia: «Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma» (Carta apostólica *Porta fidei* [PF] 1). Se emprende así un camino que dura toda la vida. Es necesario redescubrir este camino, ya que una profunda crisis de fe afecta a muchas personas.

Crear en Jesucristo es «el camino para poder llegar de modo definitivo a la salvación» (PF 3). Gracias a la fe, la vida nueva que se inicia en el bautismo plasma toda la existencia humana con la novedad de la resurrección: los pensamientos, los afectos, la mentalidad y el comportamiento. La «fe que actúa por el amor» (Gal 5,6) se convierte en el criterio que guía toda la vida.

La nueva evangelización busca «redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe» (PF 7). La fe crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y de gozo: «Los creyentes se fortalecen creyendo», decía san Agustín. Redescubrir «los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada, y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree, es un compromiso que todo creyente debe de hacer propio» (PF 9).

San Pablo enseña que «con el corazón se cree y con los labios se profesa» (Rom 10,10). La gracia de Dios abre el corazón de los hombres para que puedan acoger el anuncio del Evangelio. Profesar con los labios significa ser conscientes de que la fe implica un testimonio y un compromiso público, sin que quepa confinarla en la mera interioridad de la conciencia.

La fe «está sometida más que en el pasado a una serie de interrogantes que provienen de un cambio de mentalidad que, so-

bre todo hoy, reduce el ámbito de las certezas racionales al de los logros científicos y tecnológicos» (PF 12).

Es necesario fijar la mirada en Jesucristo «que inició y completa nuestra fe» (Heb 12,2): «En él encuentra su cumplimiento todo afán y todo anhelo del corazón humano. La alegría del amor, la respuesta al drama del sufrimiento y el dolor, la fuerza del perdón ante la ofensa recibida y la victoria de la vida ante el vacío de la muerte, todo tiene su cumplimiento en el misterio de su encarnación, de su hacerse hombre, de su compartir con nosotros la debilidad humana para transformarla con el poder de su resurrección» (PF 13).

La fe compromete a cada uno a convertirse en un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo: «Lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, esa que no tiene fin» (PF 15).

III. UNA TAREA DE TODOS

1. **Todo el pueblo de Dios anuncia el Evangelio**

«Todos los discípulos de Cristo han recibido el encargo de extender la fe según sus posibilidades», nos recuerda en Concilio Vaticano II (LG 17). La evangelización es tarea de toda la Iglesia, «un pueblo que peregrina hacia Dios», como dice el papa Francisco (EG 111). Un pueblo peregrino y evangelizador en el que la gracia de Dios tiene siempre la primacía.

Un pueblo dirigido a todos: «Dios nos atrae teniendo en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que supone la vida en una comunidad humana. Este pueblo que Dios se ha elegido y convocado es la Iglesia» (EG 113). En medio de la humanidad, la Iglesia es el fermento de Dios, el lugar de la misericordia gratuita, «donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio» (EG 114).

En virtud del bautismo, cada miembro de la Iglesia se ha convertido en un discípulo misionero, en un agente evangelizador: «La nueva evangelización debe implicar un nuevo protago-

nismo de cada uno de los bautizados» (EG 120). En la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús, cada cristiano es misionero pues se siente impulsado a anunciarlo.

Todos podemos crecer como evangelizadores formándonos mejor, profundizando en nuestro amor y dando un testimonio más claro del Evangelio. Nuestra imperfección, nuestros límites, no pueden paralizarnos ni conducirnos a postergar la misión evangelizadora.

También los pueblos que han recibido el Evangelio se convierten en sujetos colectivos, agentes de evangelización. Al transmitir la cultura, un pueblo evangelizado transmite también su fe. En este sentido, es importante atender a la piedad popular, donde «puede percibirse el modo en que la fe recibida se encarnó en una cultura y se sigue transmitiendo» (EG 123).

Esta piedad, espiritualidad o mística popular expresa de modo simbólico el contenido de la fe, subrayando en el acto de creer la dimensión del caminar hacia Dios, hacia el encuentro con él. La peregrinación a los santuarios, invitando a otros, es un gesto evangelizador en sí mismo. En la piedad de los pueblos cristianos está presente la vida teologal, de relación con Dios, animada por el Espíritu Santo.

En la acción evangelizadora de la Iglesia, le compete a cada uno llevar el Evangelio a las personas que trata: «Ser discípulo es tener la disposición permanente de llevar a otros el amor de Jesús y eso se produce espontáneamente en cualquier lugar: en la calle, en la plaza, en el trabajo, en un camino» (EG 127).

2. Tareas diferenciadas en la evangelización

La obra de evangelización es un deber fundamental de todo el pueblo de Dios. Por consiguiente, la evangelización es un acto eclesial: «Cuando el más humilde predicador, catequista o Pastor, en el lugar más apartado, predica el Evangelio, reúne su pequeña comunidad o administra un sacramento, aun cuando se encuentra solo, ejerce un acto de Iglesia» (EN 60).

En el seno de la Iglesia tenemos que realizar diferentes tareas evangelizadoras. Debemos señalar la misión del sucesor

de Pedro, el papa, que ha recibido el ministerio preeminente de enseñar la verdad revelada. El Concilio Vaticano II declaró que «el mandato de Cristo de predicar el Evangelio a toda criatura (cf. Mc 16,15) se refiere ante todo e inmediatamente a los obispos con Pedro y bajo la guía de Pedro» (AG 38).

Unidos al papa, están los obispos y los sacerdotes. Los obispos son los maestros de la fe. A los obispos están asociados en el ministerio de la evangelización quienes han recibido la ordenación sacerdotal. Son educadores del pueblo de Dios en la fe, predicadores y ministros de la eucaristía y de otros sacramentos: «Aunque cualquier creyente puede bautizar, sin embargo es propio del sacerdote consumir la construcción con el sacrificio de la eucaristía» (LG 17).

La labor de los pastores de la Iglesia está completamente orientada al anuncio del Evangelio. Como enseña san Pablo VI: «En cuanto Pastores, hemos sido escogidos por la misericordia del Supremo Pastor, a pesar de nuestra insuficiencia, para proclamar con autoridad la Palabra de Dios; para reunir al pueblo de Dios que estaba disperso: para alimentar a este pueblo con los signos de la acción de Cristo que son los sacramentos; para ponerlo en el camino de la salvación; para mantenerlo en esa unidad de la que nosotros somos, a diferentes niveles, instrumentos activos y vivos; para animar sin cesar a esta comunidad reunida en torno a Cristo siguiendo la línea de su vocación más íntima» (EN 68).

La tarea evangelizadora de los religiosos está profundamente vinculada con su total consagración a Dios y con el testimonio de la pobreza, de la castidad y de la obediencia: «Gracias a su consagración religiosa, ellos son, por excelencia, voluntarios y libres para abandonar todo y lanzarse a anunciar el Evangelio hasta los confines de la tierra. Ellos son emprendedores y su apostolado está frecuentemente marcado por una originalidad y una imaginación que suscitan admiración. Son generosos: se les encuentra no raras veces en la vanguardia de la misión y afrontando los más grandes riesgos para su salud y su propia vida» (EN 69).

La peculiaridad de la acción evangelizadora de los seglares radica en su inserción en el corazón del mundo, ocupándose de las variadas tareas temporales: «El campo propio de su actividad evangelizadora, es el mundo vasto y complejo de la política, de

lo social, de la economía, y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación de masas, así como otras realidades abiertas a la evangelización como el amor, la familia, la educación de los niños y jóvenes, el trabajo profesional, el sufrimiento, etc.» (EN 70).

En este ámbito de la vida de los seglares es insustituible el papel evangelizador de la familia: en ella el Evangelio es transmitido y desde ella es irradiado a otras familias y al ambiente en el que viven.

Los jóvenes bien formados en la fe y arraigados en la oración han de ser apóstoles de la juventud.

Los seglares también pueden sentirse llamados o ser llamados a colaborar con los pastores en el servicio de la Iglesia, ejerciendo ministerios muy diversos según la gracia y los carismas que el Señor quiera concederles: catequistas, animadores de la oración y del canto, cristianos consagrados al servicio de la Palabra de Dios o a la asistencia de los hermanos necesitados, jefes de pequeñas comunidades, responsables de movimientos apostólicos o de otras actividades.

Hay que destacar la importancia de una adecuada preparación para poder desempeñar estos ministerios.

IV. MEDIOS DE EVANGELIZACIÓN

1. **Los medios para evangelizar**

Como ya se ha señalado, el primer medio de evangelización consiste en el testimonio de una vida cristiana entregada a Dios y al prójimo; en definitiva, de una vida santa.

No se puede olvidar la importancia de la predicación: «¿Cómo creerán en aquel de quien no han oído hablar?; ¿cómo oirán hablar de él sin nadie que anuncie?» (Rom 10,14). La predicación, la proclamación verbal del mensaje cristiano, es indispensable. Es la palabra oída la que invita a creer.

El papa Francisco invita a renovar la confianza en la predicación, que se funda «en la convicción de que es Dios quien quiere llegar a los demás a través del predicador y de que él despliega su

poder a través de la palabra humana» (EG 135). En el marco de la celebración litúrgica, la homilía tiene como finalidad «aunar los corazones que se aman, el del Señor y los de su pueblo» (EG 143).

La preparación de la predicación exige descubrir el mensaje principal del texto bíblico poniéndolo en relación con la enseñanza de toda la Escritura, transmitida por la Iglesia. Exige, asimismo, dejarse conmover por la Palabra y encarnarla en la propia existencia. Para ello es importante llevar a cabo una lectura orante, espiritual, de la Biblia, tratando de descubrir qué dice el mensaje del texto a la propia vida. El predicador, además de atender al mensaje, ha de «poner un oído en el pueblo, para descubrir lo que los fieles necesitan escuchar» (EG 154).

Entre los recursos prácticos que pueden enriquecer la predicación cabe destacar el uso de las imágenes, «hablar con imágenes»: «Una imagen atractiva hace que el mensaje se sienta como algo familiar, cercano, posible, conectado con la propia vida. Una imagen bien lograda puede llevar a gustar el mensaje que se quiere transmitir, despierta un deseo y motiva a la voluntad en la dirección del Evangelio» (EG 157).

Igualmente, es importante que la predicación sea sencilla y clara, cuidando la unidad temática, el orden y la conexión entre las frases. El lenguaje empleado ha de ser positivo: proponiendo lo que podemos hacer mejor e infundiendo esperanza.

La catequesis es un medio de evangelización que no puede descuidarse. Su finalidad es fijar «en la memoria, la inteligencia y el corazón» las verdades esenciales que deberán impregnar la vida entera (EN 44). El papa Francisco resalta dos características de la catequesis: ha de estar centrada en la principalidad del primer anuncio y debe iniciar en la vivencia de la celebración de la fe.

Los medios de comunicación social permiten que la buena nueva llegue a millones de personas, pero no se ha de olvidar que el destinatario de la evangelización es cada persona en particular y no una masa anónima. Conserva toda su vigencia la transmisión del Evangelio de persona a persona, comunicando a otro la propia experiencia de fe.

La evangelización abarca la totalidad de la vida. Le da un sentido nuevo a la vida natural y la abre a la vida sobrenatural. Esta vida sobrenatural «encuentra su expresión viva en los siete

sacramentos y en la admirable fecundidad de gracia y santidad que contienen» (EN 47). La finalidad de la evangelización es educar en la fe de tal manera que cada cristiano pueda vivir los sacramentos como sacramentos de la fe.

También la piedad popular, como ya se ha indicado, puede ser para muchas personas ocasión de un verdadero encuentro con Dios.

2. **Evangelización y cultura**

El destinatario de la evangelización es universal: se trata de anunciar el Evangelio por todo el mundo y a toda criatura (cf. Mt 16,15), a pesar de los obstáculos con los que la Iglesia se encuentra para cumplir esta misión. El esfuerzo evangelizador ha de procurar que el mensaje cristiano penetre a fondo en los modos de pensar, en los criterios de juicio y en los comportamientos de la gente; en la cultura y en las culturas.

Esta tarea comporta encarnar el Evangelio en las culturas de los pueblos, llevando a cabo un proceso de inculturación y de contextualización. La inculturación significa transformar los valores culturales mediante su integración en el cristianismo, así como enraizar el cristianismo en las diversas culturas. Es un proceso difícil, porque no debe comprometerse la integridad de la fe cristiana.

Por medio de la inculturación, la Iglesia transmite a las culturas sus propios valores, asumiendo lo que hay de bueno en ellas y renovándolas desde dentro: «Realiza su tarea para que todo lo bueno que hay sembrado en el corazón y en la inteligencia de estos hombres, o en los ritos particulares, o en las culturas de estos pueblos, no solo no se pierda, sino que se mejore, se desarrolle y llegue a su perfección para gloria de Dios, para confusión del demonio y para felicidad del hombre» (LG 17).

El papa san Juan Pablo II da algunas indicaciones que han de guiar el proceso de la inculturación. Ante todo, se han de observar dos principios: «la compatibilidad con el Evangelio de las varias culturas a asumir y la comunión con la Iglesia universal» (*Redemptoris missio*, 54, citando *Familiaris consortio*, 10).

Es preciso guardar un equilibrio, evitando pasar de una especie de alienación de la cultura a una supervaloración de la misma. La cultura es un producto del hombre y, en consecuencia, está marcada por el pecado. Debe ser, por tanto, purificada, elevada y perfeccionada.

Al necesario discernimiento aludía el papa Benedicto XVI en un discurso pronunciado en Verona en 2006: «La obra de la evangelización nunca consiste solo en adaptarse a las culturas, sino que siempre es también una purificación, un corte valiente, que se transforma en maduración y saneamiento, una apertura que permite nacer a la nueva criatura (cf. 2 Cor 5,17; Gal 6,15) que es fruto del Espíritu Santo».

El proceso de inculturación es gradual, paulatino, y ha de implicar a todos los miembros de la Iglesia, y no solo a algunos expertos. Debe ser un proceso dirigido y estimulado, pero no forzado. Como enseña el papa Francisco: «Lo que debe procurarse, en definitiva, es que la predicación del Evangelio, expresada con categorías propias de la cultura donde es anunciado, provoque una nueva síntesis con esa cultura» (EG 129).

El Evangelio nunca es una amenaza para las culturas, ya que Cristo enriquece toda cultura.

3. Diálogo con los miembros de otras religiones

El diálogo con los seguidores de otras religiones forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia. El diálogo es un método y un medio para el conocimiento y el enriquecimiento recíproco. Pero, siendo importante, el diálogo no dispensa de la evangelización, porque la salvación viene de Cristo.

La Iglesia cree que Dios se hace presente en las riquezas espirituales de los pueblos, cuya expresión principal son las religiones: «Dios llama a sí a todas las gentes en Cristo, queriendo comunicarles la plenitud de su revelación y de su amor; y no deja de hacerse presente de muchas maneras, no solo en cada individuo, sino también en los pueblos mediante sus riquezas espirituales, cuya expresión principal y esencial son las religiones, aunque contengan “lagunas, insuficiencias y errores”» (RM 55).

El diálogo, precisa san Juan Pablo II, «debe ser conducido y llevado a término con la convicción de que *la Iglesia es el camino ordinario de salvación* y que *solo ella* posee la plenitud de los medios de salvación» (RM 55).

El diálogo nace del respeto hacia la obra del Espíritu Santo, «que sopla donde quiere» (Jn 3,8), en el hombre. La Iglesia busca así descubrir las «semillas de la Palabra» y los destellos de la verdad que ilumina a todos los hombres; semillas y destellos que se encuentran en las personas y en las tradiciones religiosas de la humanidad: «las otras religiones constituyen un desafío positivo para la Iglesia de hoy; en efecto, la estimulan tanto a descubrir y conocer los signos de la presencia de Cristo y de la acción del Espíritu, como a profundizar la propia identidad y a testimoniar la integridad de la revelación, de la que es depositaria para el bien de todos» (RM 56).

El diálogo ha de consistir en un testimonio mutuo que ayude a profundizar en la búsqueda y experiencia religiosa y, a la vez, a superar prejuicios, intolerancias y malentendidos.

V. MIRAR EL MUNDO

1. **El compromiso social**

«Evangelizar es hacer presente en el mundo el reino de Dios», enseña el papa Francisco (EG 176). La dimensión social es uno de los aspectos que incluye la evangelización. El motivo es sencillo: la vida comunitaria y el compromiso con los otros están en el corazón del Evangelio. El primer anuncio cristiano tiene una repercusión moral cuyo centro es la caridad.

La confesión de Dios como Padre, la confesión de la encarnación del Hijo, la confesión de la redención llevada a cabo por el derramamiento de la sangre de Cristo, la confesión de la acción liberadora del Espíritu Santo... Todas estas dimensiones de la fe contienen una vertiente social. Implican reconocer la dignidad de cada ser humano y el valor del amor sin límites.

El misterio de la Trinidad nos recuerda que fuimos creados a imagen de esa comunión divina: «Desde el corazón del Evange-

lio reconocemos la íntima conexión que existe entre evangelización y promoción humana, que necesariamente debe expresarse y desarrollarse en toda acción evangelizadora» (EG 178).

La aceptación del primer anuncio cristiano, del amor de Dios que nos salva, lleva consigo el deseo de buscar y cuidar el bien de los demás. En el hermano encontramos a Jesús: «Lo que hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, lo hicisteis a mí» (Mt 25,40).

Lo que hagamos a los demás tiene una repercusión trascendente, ya que no podemos olvidar que uno de los dos mandamientos principales es el amor al prójimo. El servicio de la caridad es una dimensión esencial de la misión de la Iglesia. La caridad efectiva con el prójimo brota de la naturaleza misma de la Iglesia.

Tanto el anuncio como la experiencia cristiana provocan consecuencias sociales, porque el reino de Dios que se hace presente entre nosotros lo toca todo y afecta a la vida concreta, personal y social del hombre; a todos los aspectos de la vida humana.

Es necesario sacar las consecuencias prácticas de los grandes principios que rigen la enseñanza de la Iglesia sobre las cuestiones sociales para que incidan en las situaciones actuales. La fe, si es auténtica, no puede quedar recluida en el ámbito privado, sino que aspira a cambiar el mundo, a mejorarlo.

La Iglesia no puede quedar al margen de la lucha por la justicia. Todos los cristianos están llamados a preocuparse por la construcción de un mundo mejor. El pensamiento social orienta hacia una acción transformadora.

En este sentido, el papa Francisco hace hincapié en dos cuestiones: la inclusión social de los pobres, y la paz y el diálogo social.

2. La inclusión social de los pobres

De nuestra fe brota la preocupación por el desarrollo integral de los pobres y excluidos. El objetivo que se debe perseguir es su integración plena en la sociedad. Para lograrlo es preciso estar atentos para «escuchar el clamor del pobre y socorrerlo» (EG 187).

La Sagrada Escritura testimonia cómo Dios quiere escuchar este clamor. Si queremos cumplir la voluntad del Padre debemos

escuchar al pobre, sin disociar el amor a Dios de la solidaridad con los más necesitados.

Jesús pide a sus discípulos: «¡Dadles vosotros de comer!» (Mc 6,37), lo que supone cooperar para resolver las causas estructurales de la pobreza y para promover el desarrollo integral de los pobres, así como los gestos más simples de solidaridad ante las necesidades concretas que encontramos.

La solidaridad pide «crear una nueva mentalidad que piense en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos» (EG 188).

A veces se trata de escuchar el clamor de los pueblos más pobres de la tierra, recordando que el planeta es de toda la humanidad y para toda la humanidad. No se trata solamente de asegurar a los pobres el sustento, sino el acceso a todos los bienes necesarios: la educación, el cuidado de la salud, el trabajo y el salario justo.

La Sagrada Escritura atribuye a la misericordia un especial valor en orden a la salvación: «la misericordia triunfa en el juicio» (Sant 2,13). Frente al paganismo individualista, el gran criterio de autenticidad para las comunidades cristianas es no olvidarse de los pobres (cf. Gal 2,10): «La belleza misma del Evangelio no siempre puede ser adecuadamente manifestada por nosotros, pero hay un signo que no debe faltar jamás: la opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha» (EG 195).

La opción por los pobres es para la Iglesia una realidad que tiene un fundamento teológico: Dios otorga a los pobres «su primera misericordia», en palabras de san Juan Pablo II. Esta preferencia divina tiene consecuencias en la vida de fe de los cristianos, llamados a tener «los mismos sentimientos de Jesucristo» (Flp 2,5). Por esta razón, la Iglesia entiende la opción por los pobres como una «forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana», en expresión también de san Juan Pablo II.

El mismo Cristo se hizo pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza (cf. 2 Cor 8,9). Los pobres conocen, en sus propios dolores, al Cristo sufriente. Debemos dejarnos evangelizar por ellos: «La nueva evangelización es una invitación a re-

conocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia» (EG 198).

El compromiso con los pobres no se limita a las acciones en su favor, sino que, ante todo, es una *atención* amante, una verdadera preocupación por la persona para buscar efectivamente su bien. La peor discriminación es la falta de atención espiritual: «La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria» (EG 200).

Es preciso resolver las causas estructurales de la pobreza, siendo conscientes de que «la inequidad es la raíz de los males sociales» (EG 202). Toda la política económica debería estar estructurada a partir de la dignidad humana y del bien común.

Y es preciso, asimismo, cuidar la fragilidad del pueblo y del mundo en que vivimos, estando atentos a nuevas formas de pobreza y de debilidad.

3. La paz y el diálogo social

La paz se construye día a día, instaurando un orden querido por Dios; un orden que comporta una justicia más perfecta entre los hombres, que surja como fruto del desarrollo integral de todos.

Los habitantes de cada nación desarrollan la dimensión social de sus vidas configurándose como ciudadanos responsables, en el seno de un pueblo donde las diferencias se armonicen en un proyecto común.

La evangelización implica el diálogo. Para contribuir al pleno desarrollo del ser humano y al bien común, la Iglesia ha de estar presente en el diálogo con los Estados, con la sociedad —con las culturas y con las ciencias— y con otros creyentes que no forman parte de la Iglesia católica.

La Iglesia está abierta a colaborar con las autoridades nacionales e internacionales para cuidar el bien de la paz. La nueva evangelización «anima a todo bautizado a ser instrumento de pacificación y testimonio creíble de una vida reconciliada» (EG 293).

El Estado ha de custodiar y promover el bien común de la sociedad, buscando el desarrollo integral de todos. La Iglesia, en el diálogo con el Estado y con la sociedad, acompaña las pro-

puestas que mejor respondan a la dignidad de la persona humana y al bien común.

También forma parte de la acción evangelizadora el diálogo entre ciencia y fe. Las ciencias positivas, empíricas, no constituyen la totalidad del saber humano, ya que existen otros saberes como la filosofía, la teología y la misma fe, que eleva la inteligencia humana hasta el misterio: «La fe no le tiene miedo a la razón; al contrario, la busca y confía en ella, porque “la luz de la razón y la de la fe provienen ambas de Dios”» (EG 242).

La evangelización está atenta a los avances científicos para iluminarlos con la luz de la fe y de la ley moral natural, con la finalidad de que respeten siempre la centralidad de la persona humana en todas las fases de su existencia.

El diálogo ecuménico, con otros cristianos que no están plenamente integrados en la Iglesia católica, contribuye asimismo a la paz. La credibilidad del anuncio cristiano es mayor si se superan las divisiones. El ecumenismo ayuda a la unidad de la familia humana. Se puede caminar con otros cristianos hacia expresiones comunes de anuncio, de servicio y de testimonio.

El diálogo con el judaísmo ocupa un puesto especial: «Los cristianos no podemos considerar al judaísmo como una religión ajena, ni incluimos a los judíos entre aquellos llamados a dejar los ídolos para convertirse al verdadero Dios (cf. Tes 1,9). Creemos junto con ellos en el único Dios que actúa en la historia, y acogemos con ellos la común Palabra revelada» (EG 247).

Ya se ha hablado, más arriba, del diálogo interreligioso. Este diálogo es una condición necesaria para la paz en el mundo y, por consiguiente, es un deber para los cristianos y para todos los hombres religiosos. Se trata de que podamos asumir juntos, los cristianos y los miembros de otras religiones, ese deber de servir a la justicia y a la paz.

El diálogo con el islam ha de promover la mutua acogida y el respeto, promoviendo la libertad religiosa, que es un derecho humano fundamental: «El debido respeto a las minorías de agnósticos o no creyentes no debe imponerse de un modo arbitrario que silencie las convicciones de mayorías creyentes o ignore la riqueza de las tradiciones religiosas. Eso a la larga fomentaría más el resentimiento que la tolerancia y la paz» (EG 255).

Creyentes y no creyentes pueden, en el mutuo respeto, dialogar sobre los temas fundamentales de la ética, del arte y de la ciencia, y sobre la búsqueda de la trascendencia. Este también es un camino de paz.

4. El espíritu de la evangelización

La Iglesia se siente «impulsada, en efecto, por el Espíritu Santo a colaborar a que se lleve a cabo el plan de Dios que constituyó a Cristo principio de salvación para todo el mundo» (LG 17).

Sin la acción del Espíritu Santo no habrá nunca evangelización posible. El Espíritu descendió sobre Jesús en el momento del bautismo, lo condujo hacia el desierto para vivir la prueba de las tentaciones y lo guio hasta Galilea para inaugurar su predicación. A los discípulos, a quienes está para enviar, el Señor les dice: «Recibid el Espíritu Santo» (Jn 20, 22).

Después de la venida del Espíritu Santo, en Pentecostés, los apóstoles salen hacia todas las partes del mundo para comenzar la gran obra de evangelización de la Iglesia.

Como enseña el papa san Pablo VI: «Él es el alma de la Iglesia. Él es quien explica a los fieles el sentido profundo de las enseñanzas de Jesús y su misterio. Él es quien, hoy igual que en los comienzos de la Iglesia, actúa en cada evangelizador que se deja poseer y conducir por él, y pone en los labios las palabras que por sí solo no podrá hallar, predisponiendo también el alma del que escucha para hacerla abierta y acogedora de la buena nueva y del Reino anunciado» (EN 75).

El papa san Juan Pablo II dedica todo un capítulo de su encíclica sobre el mandato misionero al Espíritu Santo, protagonista de la misión (cf. RM 21-30), y el papa Francisco dice que el Espíritu Santo es el alma de la Iglesia evangelizadora (EG 261).

Ninguna técnica misionera puede reemplazar la acción del Espíritu Santo. Él es el agente principal de la evangelización, quien impulsa a cada uno a anunciar el Evangelio y quien hace aceptarlo y comprenderlo en el fondo de la conciencia. Él es, del

mismo modo, el término de la evangelización, pues solo él suscita la «humanidad nueva», reconciliada con Dios, a la que la evangelización debe conducir.

Atendiendo a los evangelizadores, el testimonio de vida, la coherencia entre la fe y la vida, «se ha convertido en una condición esencial con vistas a la eficacia de la evangelización» (EN 76). El celo evangelizador debe brotar de una verdadera santidad de vida: «El mundo exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente como si estuvieran viendo al Invisible [...]. Sin esta marca de santidad, nuestra palabra difícilmente abrirá brecha en el corazón de los hombres de este tiempo. Corre el riesgo de hacerse vana e infecunda» (EN 76).

El papa Francisco enseña, en este mismo sentido, que «Jesús quiere evangelizadores que anuncien la Buena Noticia no solo con palabras sino sobre todo con una vida que se ha transfigurado en la presencia de Dios» (EG 259).

La unidad entre los seguidores de Cristo, prueba de credibilidad de los cristianos, fortalece la acción evangelizadora. El testimonio de unidad dado por la Iglesia resulta decisivo para la suerte de la evangelización.

Los evangelizadores son servidores de la verdad, de una verdad que hace libres (cf. Jn 8,32): «La verdad acerca de Dios, la verdad acerca del hombre y de su misterioso destino, la verdad acerca del mundo» (EN 78).

La obra de evangelización supone, en el evangelizador, estar animado por el amor, por un amor creciente hacia aquellos que evangeliza al estilo del apóstol san Pablo. «Así, llevados de nuestro amor por vosotros, queremos no solo daros el Evangelio de Dios, sino aun nuestras propias vidas: tan amados vinisteis a sernos» (1 Tes 2,8).

Es un amor de padre y de madre, que se identifica por algunos signos: el respeto a la situación religiosa y espiritual de la persona que se evangeliza; a su ritmo, a su conciencia, a sus convicciones. Otra señal es el cuidado de no herir a los demás, así como el esfuerzo para transmitir a los cristianos certezas sólidas basadas en la Palabra de Dios y no dudas basadas en una erudición mal asimilada (cf. EN 79).

La evangelización ha de llevarse a cabo con el fervor de los santos. La falta de fervor «se manifiesta en la fatiga y desilusión, en la acomodación al ambiente y en el desinterés, y sobre todo en la falta de alegría y de esperanza» (EN 80).

Es preciso alimentar siempre el fervor del espíritu, sabiendo que proponer el Evangelio no atenta contra la libertad de nadie, sino que ofrece a la libertad de la persona la elección de un camino noble y exaltante. No podemos avergonzarnos del Evangelio ni omitir su anuncio, movidos por un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir.

5. **Motivaciones para un renovado impulso misionero**

En la labor de evangelización no cabe disociar la espiritualidad del compromiso social. Sin la oración, el fervor se apaga y el empeño misionero se agota. Por otra parte, sería una falsa espiritualidad aquella que se convirtiese en excusa para evitar la entrega a la misión.

La primera motivación para evangelizar «es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por él que nos mueve a amarlo siempre más» (EG 264). El encuentro personal con ese amor de Jesús nos impulsa a darlo a conocer a los demás, a anunciar «lo que hemos visto y oído» (Jn 1,3). Debemos contemplar el Evangelio con amor, para captar su bondad y su belleza, dignas de ser transmitidas.

El Evangelio responde a las necesidades más profundas de la condición humana y a la espera de los hombres y de los pueblos, porque todos hemos sido creados para lo que el Evangelio nos propone: la amistad con Jesús y el amor fraterno.

El entusiasmo evangelizador se basa en esta convicción: «Tenemos un tesoro de vida y de amor que es lo que no puede engañar, el mensaje que no puede manipular ni desilusionar. Es una respuesta que cae en lo más hondo del ser humano y que puede sostenerlo y elevarlo. Es la verdad que no pasa de moda porque es capaz de penetrar allí donde nada más puede llegar. Nuestra tristeza infinita solo se cura con un infinito amor» (EG 265).

Esta convicción ha de ser vivida como una experiencia propia, con la certeza de que es mejor caminar con el Evangelio, con Jesús, que hacerlo en soledad. La motivación última que nos empuja a evangelizar es la gloria del Padre: «Esta es el móvil definitivo, el más profundo, el más grande, la razón y el sentido final de todo lo demás» (EG 267). La Iglesia ora y trabaja «para que, en Cristo, Cabeza de todos, se dé todo honor y toda gloria al Creador y Padre de todos» (LG 17).

Al mismo tiempo, para ser evangelizadores hay que desarrollar lo que el papa Francisco llama «el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente», uniendo la pasión por Jesús a la pasión por su pueblo: «él nos quiere tomar como instrumentos para llegar cada vez más cerca de su pueblo amado» (EG 268).

Jesús se muestra cercano con todos, entregando continuamente su existencia. También quien evangeliza ha de compartir esa cercanía, tocando la miseria humana y la carne sufriente de los demás.

El evangelizador ha de dar razón de la esperanza, pero siempre «con dulzura y respeto» (1 Pe 3,16), en la seguridad de que cada vez «que nos encontramos con un ser humano en el amor, quedamos capacitados para descubrir algo nuevo de Dios» (EG 272). Es preciso descubrir que cada persona es digna de nuestra entrega, porque es obra de Dios, criatura suya, redimida por la sangre de Cristo.

La esperanza que alienta la misión evangelizadora se basa en el triunfo de Cristo sobre el pecado y la muerte. Jesucristo está vivo: «Cristo resucitado y glorioso es la profunda fuente de nuestra esperanza, y no nos faltará su ayuda para cumplir la misión que nos encomienda» (EG 275).

La fe es creer a Cristo, «creer que es verdad que nos ama, que vive, que es capaz de intervenir misteriosamente, que no nos abandona, que saca bien del mal con su poder y con su infinita creatividad» (EG 278).

Dios puede actuar en cualquier circunstancia, también en medio de aparentes fracasos. Por esta razón uno puede tener la seguridad de que los trabajos realizados por amor no se pierden; siempre son fecundos. Para mantener vivo el fervor misionero hay que confiar en el Espíritu Santo, que «viene en ayuda de

nuestra debilidad» (Rom 8,26), permitiendo que él nos guíe e ilumine.

Una forma de oración que empuja hacia la evangelización es la intercesión, el pedir en favor de otros, como hacía san Pablo: «En todas mis oraciones siempre pido con alegría por todos vosotros» (Flp 1,4). Petición por los otros y agradecimiento por los otros.

VI. MARÍA, ESTRELLA Y MADRE DE LA EVANGELIZACIÓN

María es la estrella de la evangelización renovada que la Iglesia debe promover y realizar, decía el papa san Pablo VI (cf. EN 82). Con el Espíritu Santo, María siempre está en medio del pueblo: «Ella es la Madre de la Iglesia evangelizadora y sin ella no terminamos de comprender el espíritu de la nueva evangelización» (EG 284).

Jesús, en la cruz, nos dejó a su madre como madre nuestra: «Ella es la misionera que se acerca a nosotros para acompañarnos por la vida, abriendo los corazones a la fe con su cariño materno. Como una verdadera madre, ella camina con nosotros, lucha con nosotros, y derrama incesantemente la cercanía del amor de Dios» (EG 286).

María es la mujer de fe, que vive y camina en la fe. En ella fijamos la mirada para que nos ayude a anunciar a todos el mensaje de la salvación. María es un modelo eclesial para la evangelización, porque une la justicia y la ternura, la contemplación y el auxilio a los demás.

A la Virgen se dirige el papa Francisco con estas bellas palabras:

Estrella de la nueva evangelización,
ayúdanos a resplandecer en el testimonio de la comunión,
del servicio, de la fe ardiente y generosa,
de la justicia y el amor a los pobres,
para que la alegría del Evangelio
llegue hasta los confines de la tierra
y ninguna periferia se prive de su luz (EG 288).

CONCLUSIÓN

La aproximación a las enseñanzas principales del Concilio Vaticano II permite avanzar en el conocimiento de la fe cristiana y, de este modo, progresar en la vivencia de la propia vocación como hijos de Dios y miembros de la Iglesia.

LG 17 nos ayuda a comprender la razón de ser de la Iglesia. Todo remite, en última instancia, al misterio de Dios, a su amor trinitario. Un amor que ha querido compartir con nosotros enviando al Hijo y al Espíritu Santo e instituyendo la Iglesia como signo permanente de ese amor salvador.

El mandato misionero de Jesús nos urge. Nos impulsa a ser discípulos misioneros, sostenidos por la confianza en Jesús, el *Enmanuel*, el Dios con nosotros. El Evangelio es el bien preciado, el tesoro valioso que debemos compartir con todos. La evangelización es dicha y necesidad, deber y derecho, ya que todo hombre es potencial destinatario del anuncio del amor de Jesús por cada persona.

Evangelizar es una tarea compleja y dinámica, que tiende a transformar las cosas con la fuerza de la palabra de Cristo y que incluye elementos complementarios que se enriquecen mutuamente. La nueva evangelización, el anuncio renovado del Evangelio, busca sostener la fe y transmitirla, respondiendo así a la crisis de esperanza que afecta a tantos corazones. Pretende, asimismo, redescubrir el camino de la fe y la alegría de creer.

Todos los miembros del pueblo de Dios tenemos la responsabilidad de evangelizar, llevando a otros el amor de Jesús. Las tareas diferenciadas que existen en la Iglesia —del papa, de los obispos, de los demás ministros ordenados, de los religiosos y de los seglares— exigen un importante empeño en la formación, que nunca debe descuidarse.

En diálogo con las culturas y con las otras religiones, los cristianos intentamos realizar nuevas síntesis entre fe y cultura, descubriendo las semillas de la Palabra y los destellos de la verdad que se hallan presentes en la tierra.

La evangelización implica el compromiso con los otros, la acción transformadora en favor de un mundo más equitativo y justo. Razones de fe, siguiendo el ejemplo de Jesús, nos mueven

a apostar por la inclusión social de los pobres, amén de procurar la paz y el diálogo social, velando por la libertad religiosa, sin la cual no es posible el respeto a los derechos del hombre.

La evangelización no es una tarea meramente humana. Nada se podría hacer sin el impulso del Espíritu Santo, verdadera alma de la Iglesia. Abrirse con docilidad a la acción del Espíritu Santo en la propia vida es esencial para avanzar en el camino de la santidad y en el testimonio cristiano.

El espíritu con el que hemos de evangelizar es el de los servidores de la verdad que, movidos por el amor, anuncian una Palabra que ilumina y que proporciona una base estable a la existencia.

El amor de Jesús, la gloria del Padre, la pasión por el pueblo y la esperanza son motivaciones que cada uno de nosotros ha de descubrir continuamente para cumplir su labor misionera. María es el modelo de la Iglesia para la evangelización. Ella nos guía y nos protege en nuestro peregrinar por la historia.

